

DIAY NOCHE



Ayuntamiento de Madrid

LA ARGENTINITA, bella y popular artista de varietés.

(Foto Larregla,

10 etc

A nuestros suscriptores de Madrid

Les participamos, que habiendo suspendido la suscripción para Madrid, y como hemos terminado nuestro compromiso, les serviremos los ejemplares que se publiquen en el corriente mes de Enero y serán atendidas las reclamaciones que se nos hagan.

A nuestros lectores y corresponsales

Con la nueva reforma de esta Revista, a los suscriptores les participamos que al hacer el pago de suscripción adquieren el derecho de que se les entregue los nueve pliegos que van publicados de las novelas El Crimen de la Joyería y Kenilworth, con el fin de que puedan estar al corriente de la publicación sin que para esto tengan que hacer sacrificio alguno, por lo que esta empresa ha tenido a bien hacer este obsequio a sus lectores.

A nuestros colaboradores espontáneos se advierte que no devolveremos los originales que nos envíen, ni sostendremos correspondencia acerca de ellos, ni aun en el caso en que nos remitan sello para franquear la repuesta.

Queda prohibida la reproducción de todos los originales literarios y artísticos publicados en este ejemplar.

“Día y Noche” no recibe anticipos ni subvenciones de ninguna especie del Gobierno, y espera vivir del favor del público.

No pagaremos ningún original que se nos envíe espontáneamente ya sea literatura, dibujos o fotografías, de modo que todo colaborador espontáneo al enviarnos sus trabajos da por aceptado que desea que se le publiquen gratis. Sólo pagaremos aquellos trabajos que la Dirección de DIA Y NOCHE haya solicitado directamente, por medio de carta con el membrete y la firma del director.

Sección de correspondencia

CONCURSO DE DIBUJOS

Núm. 111.—D. J. M.—La Línea (Cádiz).

Núm. 112.—Tito Rovira.—Barcelona.—Hace falta ser fresco para enviar dibujos sin pies, faltando a las condiciones del concurso, y encima ponerse tonto porque no se acepta el trabajo.

Núm. 113.—Sin nombre ni dirección.

Núm. 114.—D. V. P.—Valencia.

Núm. 115.—D. M. G.—Oviedo.

Núm. 116.—D. A. L.—Sta. Cruz de Tenerife.

Núm. 117.—D. J. D.—Málaga.

Núm. 118.—D. D. M.—Melilla.

Núm. 119.—D. id. id.

Núm. 120.—D. J. L. H.—Sin dirección.

Núm. 121.—D. M. J.—Madrid.

Núm. 122.—D. I. N.—Valencia.

Núm. 123.—D. J. V.—Calatayud.

Núm. 124.—D. C. G.—Madrid.

No son publicables.

D. C. C.—Madrid.—No he podido enviarle respuesta, pues ni en su carta ni en las cuartillas indica su dirección.



Día y Noche



Director: FERNANDO PONTES
Redacción, Administración y talleres: Cardenal Cisneros, 47.
APARTADO DE CORREOS, 809.—TELEFONO J. 923.

Suscripción: provincias 6 ptas. año

Anuncios: precios convencionales

Año II

Madrid 26 de Enero de 1919

Núm. 4

CRÓNICA SEMANAL

Un periódico madrileñista, altamente simpático para nosotros; *El Globo*, truena contra el egoísmo de los *Uligueros* barceloneses, y contra sus manejos egoístas.

El globo tiene muchísima razón en el fondo, y su campaña es la

inútil disparar apuntando al pecho de una gente que no tiene corazón, sino únicamente estómago.

Contra ese estómago se debe disparar, y no con razones ni protestas, que allá no encuentran oídos favorables, ni siquiera imparciales. Contra ese estómago se debe disparar con hechos, con restricciones y con abstenciones.

Pero también creemos que para un periódico madrileñista, lo primero, lo único, lo primordial, debe ser el bien y la prosperidad de Madrid.

El Globo es el órgano de *El Centro de Hijos de Madrid*. Esta sociedad, poderosa y nutrida, rica e influyente, puede hacer mucho bien a nuestra capital.

Para esto bastará con que imite a los barceloneses, pues lo bueno debe aprenderse donde se presente,

Los catalanes se han engrandecido y se han hecho ricos pidién-



expresión de lo que la justicia reclama. Sin embargo, creemos que sus ataques tienen un alcance mucho más sentimental que práctico, y estamos seguros que es

do, solicitando, quejándose, amenazando siempre, sin reposo, día tras día y hora tras hora. Cada ventaja, cada concesión, cada puñado de millones que por tales procedimientos fueron arrancando al poder central, aun en detrimento del resto de España, lo recibieron como quien recibe lo suyo, lo que le pertenece; y en vez de dar muestras de agradecimiento, apenas logrado un beneficio, preparaban, imaginaban e inventaban inmediatamente nuevas peticiones, otras exigencias, mayores ventajas, más dinero, más privilegios.

Y todo esto con aspereza, con desplantes, con desprecios al resto de España.

Claro es, y cada vez se vé más claro, que los catalanes, cuyo caracter áspero y desabrido los condujo, en su ansia y su vanidad, a no poder aguantar a los castellanos, han llegado hoy al punto de su fatal camino en que ya no pueden aguantarse unos a otros, como demuestra la lamentable y sangrienta situación en que socialmente se halla Barcelona; pero nosotros no hemos de imitarles en esto, sino en lo otro, ni nuestro caracter, más tolerante, se presta a semejantes exageraciones de la intransigencia.

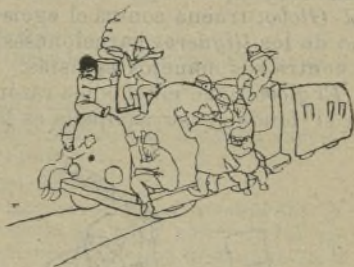
Desde estas humildes columnas, señores del *Centro de Hijos de Madrid*, un verdadero madrileño os pide, para bien de esta abandona-

da ciudad, que no echeis en saco roto sus palabras.

Pedir, reclamar, exigir, siempre, sin descanso, es vuestra misión; y pedir ventajas positivas, inmediatas; Madrid, a la que nada se concede, tiene tantas cosas justas que reclamar, que lo difícil para el comienzo de una campaña estaría en *l'embaras du choix*, y no en lo contrario.

* * *

Las columnas de las secciones telegráficas de la prensa, están



llenas de estos epigramas: «Protesta contra la elevación de tarifas ferroviarias». «Los retrasos de los trenes».

La frescura de las compañías se manifiesta a diario. Casi todos los trenes van sin calefacción; los viajeros protestan con calor, y váyase lo uno por lo otro.

FERNANDO PONTES.

DOLOR



Aquella tarde era la última que pasaba Mary en el colegio, así es que todo el día lo pasó triste, presa de una angustiosa melancolía; sus íntimas amigas Luz Campo-real y Josefina Avendaño, también parecían invadidas de una infinita tristeza, pensando que dentro de pocas horas les abandonarían para siempre la amigueta querida.

Infinitas veces le aconsejaron

a Mary, que, con besos y caricias, convenciese a su familia para que la dejaran unos cuantos meses más en el colegio.

La nena, con las lágrimas en los ojos, rogó a sus padres aquel jueves, cuando fueron a hacerla su acostumbrada visita, pero sus peticiones no fueron complacidas; en sus oídos resonaban las últimas palabras de su madre al despedirse:

DIA Y NOCHE

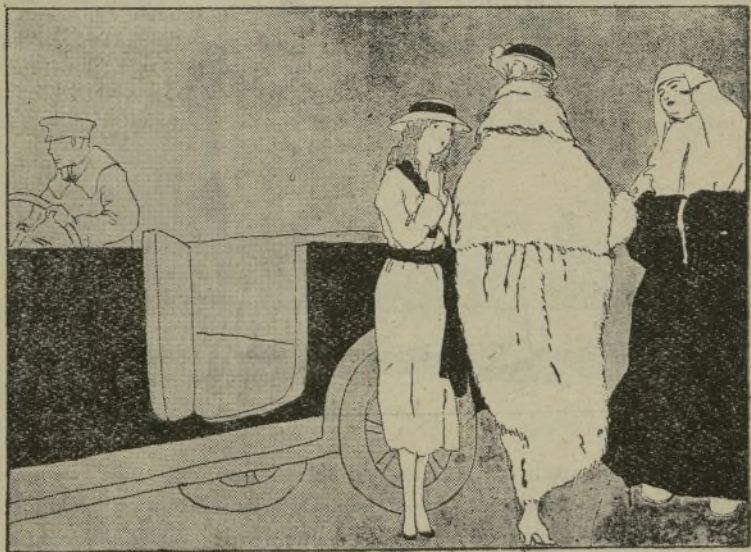
—¡No seas tontina; ya verás como fuera de aquí te divertirás mucho!

Y la noble marquesa dejó a la hija sin consolar sus amarguras.

Sor Leonarda, al verlo su excitadísimo ataque de sus tuvo

rio, dirigió sus miradas hacia la Virgen, despidiéndose de ella.

Ya sus manos no se dolorarían al cortar las flores de los rosales para adornar el altar y poner guapísima a la Santa.



para la linda colegiala frases de consuelo y besos de amantísima madre.

—¡No te afijas, nena! ¿Qué le vas hacer? ¡Tus deberes son obedecer a tus padres!

En la capilla, al rezar el rosa-

A la hora de la comida, no quiso probar nada; deseando estaba oír la campana que anunciaba la hora de retirarse a descansar las colegialas.

Luz Camporreal se acercó a ella.

—¡Mary! ¡estás enferma! no puedes ocultármelo.

—¡Sí, rica, sí, debo de tener fiebre!

La contestó dejando caer su cabecita en el hombro de su amiga.

En toda la noche no pudo conciliar el sueño; más de una vez se acercó de puntillas al lecho Sor Leonarda arropando a la colegiala y aconsejándola que rezase para quedarse dormida.

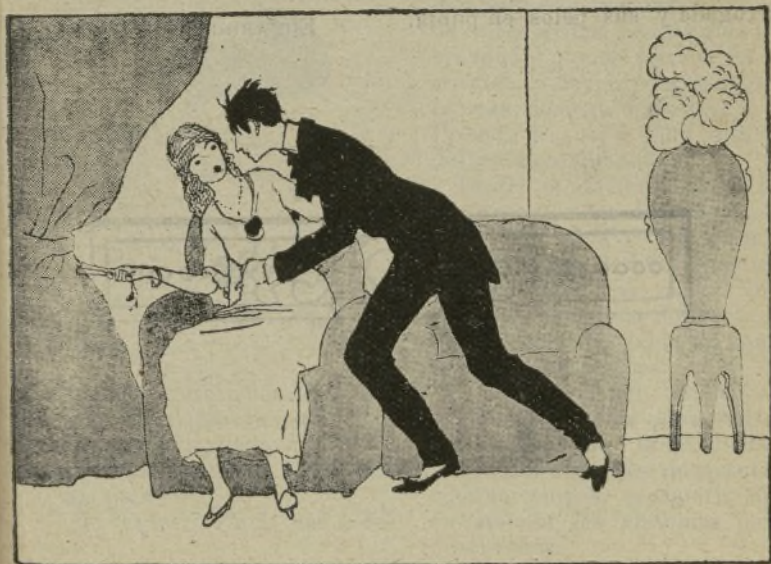
Al día siguiente, a primeras horas de la tarde, abandonó el

colegio Mary; al subir al auto que la iba a conducir a su noble mansión, la niña no pudo menos de dibujar en su semblante un gesto de miedo.

—¡Ves, hija como estás hecha una pequeñita salvaje!

Y la elegante marquesa, al ver la encantadora ingenuidad de la hija, la besó apasionadamente.

Con el fausto acontecimiento de vestir a Mary de largo y presentarla en sociedad, la noble marquesa ha invitado a sus íntimas amistades a la espléndida



DÍA Y NOCHE

fiesta que se celebra esta noche en su palacio.

Como ascuas de oro brillan los suntuosos salones.

Mary, en un estado de extrema timidez, y hastiada de escuchar frases galantes, elogiadoras de su belleza, se aburre soberanamente, dejándose caer en una butaca.

—Mary; Mary.

Y una voz ronca y aguardentosa repite su nombre.

—¡Ah!; ¿eres tú, José Ramón?

—Si, primita, que vengo a hacerte compañía.

Y José Ramón, borracho como un tahur, con la blanca pechera arrugada y sus pelos en punta,

tartamudea palabras de amor a las que Mary no quiere hacer caso, pero algunas de sus estupideces la hacen soltar el cascabel de su argentina risa.

De improviso se abalanza sobre ella y sus labios la dan un beso.

—¡Canalla!—exclama la mujercita cruelmente ofendida; y el diminuto abanico de marfil lo hace pedazos poseída de inmenso rencor hacia el que sonríe satisfecho de su hazaña.

Llorando se dirige a su cuarto, mientras allá fuera suenan las notas de un vals triste y sentimental.....

EDUARDO MENTABERRY.



EN CHUNGA

Don Priscilo, padre

Don Priscilo, cuando oyó de labios de su azucarada esposa la feliz noticia de que por primera vez en su vida iba a ser padre, estuvo a dos milímetros de volverse chales del todo.

Se hallaban ambos esposos comiendo, y cuando don Priscilo contemplaba filosóficamente la atmicidad tamañil de un ceneque, doña Sigiberta le sacó de su



abstracción interpellándole con voz más suave que un mendrugo al rozar con el rallador:

—Priscilín ¿quieres escucharme dos palabras?

—Me figuro lo que vas a decirme.

—No lo adivinas...

—Han subido las patatas...

—Es mucho más importante.

—Te has peleado con la portera.

—Priscilín... voy a ser madre...

Y al decir esto, rubincudeada su faz por la emoción, vergonzosa, ocultó la cabeza en el plato de hebreas en buen uso que estaba deglutiendo.

Don Priscilo, con la cuchara en una mano y el tenedor en la otra, demente de júbilo, sin saberlo que hacía, comenzó a golpearla en el colodrillo, emitiendo sonidos polinésicoguturales. La criada, a los gritos, acudió presurosa creyendo que se trataba de una trifulca, y después de grandes esfuerzos consiguió separar a don Priscilo y sacar a doña Sigiberta del judaico alimento.

Desde el momento de la filial declaración, don Priscilo no vivió tranquilo. Por las mañanas, con un metro flexible, medía escrupulosamente en milímetros el bandullo de doña Sigiberta, notando con satisfacción que aumentaba constantemente.

No hubo uno solo de sus amigos que no tuviese que soportarle a cada momento la detallada relación del embarazo de su señora, complaciéndose en referir minuciosamente los síntomas por él observados.

Para prevenir posibles contin

DIA Y NOCHE

gencias, compró un manual obstétrico y otro lactáncico, dedicándose con inusitado furor a aprenderse de memoria reglas y consejos maternológicos.

Don Priscilo, deseando ser un buen padre que llenase a la perfección el sacrosanto cometido de la perpetuación específicohumana, encargó a un ebanista la esmerada confección de una cuna provista de los últimos adelantos infantiles y, con gran desesperación de los infelices inquilinos que bajo su cuarto moraban, se dedicó al noble arte del meciimiento por anticipado, atando una cuerda a las patas de la vacía camita, y poniéndola en movimiento cuando él y doña Sigiberta se hallaban ensopados en la piltra.

La elección de nombre del futuro vástago, fué un verdadero conflicto patronímico, estando los esposos a una pulgada de divorciarse; don Priscilo quería que si fuese varón se llamara Atenodoro, y en caso de feminidad atendiese por Fredegunda; doña Sigiberta proponía alternativamente los sonoros apelativos de Panteliano y Childerica. Por fin, y mediante la intervención de un clérigo amigo de la casa y de las perdices, llegaron a un acuerdo, eligiendo los de Agamenón y Melisenda.

La fecha del suceso se aproximaba; la casa de don Priscilo se

llenó de algodón hidrófilo, gasas serofórmicas, envolturas de niño, gorritas, camisitas, pañalitos, biberoncitos, y todos los itos e itas imaginables. Estaban avisados, como cualquier torero malo, dos médicos, tres comadronas, la portera, cuatro vecinas y unas cuantas tías parientas de los esposos.

Pero la fecha pasó; y transcurrió un mes, y otro y seis más, la hinchazón iba en aumento; y el alumbramiento, como si dependiese del Ayuntamiento madrileño, estaba absolutamente apagado. Don Priscilo se daba a todos los Luciferes y completamente desesperado no era dueño de su masa encefalicogris. Tras de mu-



cho cavarlar consultó con un especialista, el cual, después de un detenido reconocimiento, diagnosticó:

—Su señora padece una hidropesía complicada con menopausia.

ARISTIDES FRESDELVAL.

SEMANA TAURINA



Alfonso Cella "Celita,"

En esta bendita época del pegote y el rodillazo es casi un crimen de lesa majestad, el pretender entonar un himno en honor de la un tiempo famosa, suerte de estoquear.

Y es que los gustos del público han cambiado. Hoy se agradece

unas líneas a uno de los mejores matadores de toros, (fijarse señores que digo matadores), que tenemos en la actualidad.

El torero de Lánacara, Alfonso Cela, «Celita», no ha tenido completa suerte en la última temporada. Mucha valentía, mucha



Celita rematanno un quite

más un par de molinetes pegándose al cuello del cornúpeto, que una estocada a volapié ejecutada con arreglo a los más puros cánones taurinos.

Y además resulta mucho más cómodo para el torero.

Pero yo, aunque crean que me he vuelto loco, voy a dedicar

voluntad, y muchos deseos de complacer al público, a este público madrileño que ha seguido paso a paso la carrera del diestro de Galicia, pero unas veces por culpa del ganado y otras porque se tuercen las cosas, en las dos corridas que Alfonso ha toreado en la Corte, no ha podido,

como en otras ocasiones, dejar su pabellón en el sitio que le corresponde.

Pero por esto no vamos a dejar de reconocer que Celita, es un formidable estoqueador, y que á poco esfuerzo que haga, puede en la temporada próxima a comenzar, recoger sus laureles y colocarse en uno de los más altos sitios de la Tauromaquia.

Porque no estamos tan sobrados de toreros machos, para mi-

rar con indiferencia a uno como Alfonso Cela, que con el cuerpo acribillado a cornadas, sigue arriándose como si nunca le hubiesen tropezado los toros.

Que consiga el presente año dar el empujón definitivo para bien suyo, y para que nosotros, halagados en nuestro orgullo de vaticinadores gratuitos, podamos repetir la frase de Lugin.

¡Alfonsiño! ¡Ey carbayeira!

CHETE.



El camarero.—¿Qué desea tomar el señorito?

El cliente.—Nada; ya tomo el fresco.

El margen del Crimen

Con un certero instinto mercantil, los vendedores de periódicos pregonan por las calles detalles inverosímiles del misterioso crimen actual. Saben que con sus gritos, voceando escenas prometedoras de sangre y delincuencia, llegarán al corazón de la masa anónima é incivil, que sigue el curso de los crímenes y robos, sin dirigir una mirada a otra sección del periódico donde no se comente más o menos sincera e hiperbólicamente, todas noticias que manchan de sangre la prensa informativa.

Curioso, he seguido esta vez el curso del crimen, y los conocimientos del hallazgo, situación, etc. me han deparado ocasiones buscadas, donde he podido observar algo esa alma española nunca ahita de emociones violentas y malasanas.

Es el público antiestético e inculto que pudiera en ocasiones simbolizar la España entera, esa colectividad mediocre, de hombres que son todo carne, y buscan los placeres intelectivos en la deshonrosa fiesta nacional, en los relatos turbulentos de bandidos extemporáneos, y que en ocasiones se permiten el extraño rasgo de tener ideas socialistas, o de creer que las tienen.

Quizás injusto o pesimista, no los creo capacitados de profesar plenamente la más alta idea de la humanidad. Sigue esas doctrinas porque halagan sutilmente con sus promesas la alma interior; porque sus violencias titánicas futuras, y nos hablan vulgarmente de la redención por la sangre.

¿Pero malos estos hombres, influidos de perversión y tal vez capaces de ejecutar actos similares con la tranquilidad de un deseo que ansía satisfacer?

No. Son netamente españoles; quedan en sus venas el brio hispano, guerrero y chulón, y ante los delitos de

sangre sienten el alma de la raza y sangrienta, de indomable virilidad, trepidar evocadora.

Por eso disculpo sus comentarios, saboreando con delicia los detalles, formando suposiciones, creando cosas ilógicas que plasma la incultura habitual. Por eso siento una íntima pena al ver los carteles de la trágica fiesta, bermejos y áureos anunciando la lepra nacional, y frente a él, congregados, hombres, mujeres, niños también...

Y sobre todo esto creo ver que ellos se adivinan sus instintos, sus ideas poco edificantes, y que presumen jactanciosos de poseer un sello en la humanidad de vergonzoso exotismo. ¿No se sabe por ventura, cuándo un chulo abofetea a la ramera infeliz, a la amante, dichosa de verse tiranizada, y algunos de los suyos le alaban la situación de jaque, y otros los menos le miran con un gesto de asco? ¿Ignoran acaso cuánto se ha dicho de los toros y de su público, y que en el extranjero algo equivocadamente se nos cree a todos toreros, y chulos, y a las mujeres, morenas siempre, flamencas de navaja en la liga, y en los labios pasionales una andaluza malagueña o una bulería gitana, y no obstante, la prensa ocupa planas enteras llenándolas de adjetivos encomiásticos?

Esta paradoja que indiscutiblemente alaba y endiosa, es quizá parte del germen de nuestro orgullo equivocado, de nuestra violencia matona poco suceptible a la diplomacia, a la razón, al progreso y a la cultura, y a desligarnos de los atavismos un poco crueles y primitivos, que nos hacen aparecer siempre, ante los demás, en un lastimoso estado y concepto de mediocridad.

Y esto es doloroso, ser ante los demás seres inferiores, enemigos del progreso y la cultura; cuando nues-

tras manos son hábiles, fuertes nuestros corazones, y clarividentes nuestros cerebros; cuando podríamos con un poco de sacrificio y voluntad, tener la delicadeza modernista de Francia, el seguro cálculo inglés, la industria adelantada de América.

Las ideas renovadoras imperantes en el lento transcurso de los años gloriarán algo en España? quizás si,

quiero creer que ellas desterrarán con el compromiso ineludible del progreso, esa complacencia en hablar de los crímenes, esa idea innoble, anties-tética, de los toros y podrá ser la patria de Cervantes digna de él y sentiremos nosotros el orgullo de ser españoles.

EMILIO DURAN.



—Papá, no le pegue, que venía con buenas intenciones.
El padre.—Calla imbécil, mejores intenciones son las mías.

LAS REGIONES

LEÓN

A Luis Álvarez.

Tu idioma y tus costumbres te unieron a Castilla
Castellanas parecen tus viejas poblaciones
De conventos, hidalgos, soberbios infanzones
Que con Fernando entraron en la inmortal Sevilla.

Es triste la campiña donde pasta un rebaño
Y no se oye otro ruido que la voz pastoril
Para él pasan fugaces las épocas del año
Conduciendo la oveja descarriada al redil.

Palencia la lanera, que antaño fué industrial
Zamora que recuerda la lucha de sus fosos
Y León que es espejo de Fé y de Lealtad.

Valladolid se engríe siendo la capital
Y Salamanca cuna de mil sabios famosos
Que cursaron las ciencias en su universidad.

PROVINCIAS VASCONGADAS

A. Rilea.

El mar rompe sus olas en tus acantilados
La costa se presenta bravia y levantada
Se oyen lindos acordes en la peña elevada
Y prorrumpen en trinos los cantores alados.

Fábricas y talleres que pueblan las campiñas
En los que férrea máquina deja oír su tic-tac
Recuerdos de pasadas luchas y de rapiñas
Que llevaran a cabo los soldados de Oñae.

Guipúzcoa es una reina con manto de turquesa
Formado por sus montes de tonos esmeralda
Y Alava es la provincia mezcla de castellana.

Vizcaya, la euskalduna, semeja una princesa
Que ostenta en sus escudos flores de rojo y gualda
Dos lobos, dos corderos y linda cruz de grana.

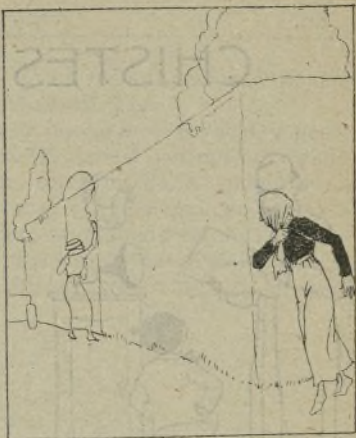
LUIS ANTONIO DE VEGA.

El anillo misterioso o todos detectives.

(Continuación del primer episodio).



25.—Los bandidos se apoderan del hombre del maletín, le meten en un auto y se lo llevan secuestrado a una finca alquilada por Magda en la Prosperidad para llevar acabo sus fines criminales.



26.—Magda después de enterarse donde vivía la persona que la arrebató el maletín, llega a la quinta y sin darse cuenta que alguien sigue todos sus pasos, llama de un modo particular tres veces e inmediatamente abren la puerta.



27.—Una vez dentro del hotel los bandidos la hacen saber que el sujeto de quien quería apoderarse está a su disposición en el piso principal. Les dice que vigilen a la persona que se ha llevado el maletín y que no vengán hasta que no le recuperen.



28.—Los apaches después de admirar una vez más la energía de su dueña y comprendiendo que con sus andanzas ellos vivirán como el pez en el agua, salen satisfechos a cumplir su cometido. De pasada piropean a la que ellos creen sea una doncella.

CHISTES Y COLMOS



—Papa, ¿por qué siendo como eres, tan amante de la música, no me compras una trompeta y un tambor?



El Señorito. — ¿Me arreglaste las cuentas?

El Camarero. — ¿Que cuentas?

El Señorito. — Los pelos de tu calva.

Directorio Artístico

La Bilbainita.—Viriato, '21, 1.º Madrid. Ultimos éxitos: Palace Hotel, de Madrid, y varias capitales.

Raquel Meller.—Palace Hotel, Madrid. Ultimos éxitos: Trianon Palace y Teatro Lara, de Madrid.

Salud Ruiz.—Escorial, 15 Madrid. Ultimos éxitos: Trianon Palace, de Madrid.

La Argentinita.—Huertas, 55, 1.º Madrid. Ultimos éxitos: Hotel Palace y Cine Fuenca-ral, de Madrid.

Amalia Isaura.—Plaza de S. Gregorio, 11 Madrid. Ultimos éxitos: Teatro Romea, de Madrid.

Haira Ben Zahar.—Hortaleza, 33 Madrid. Ultimos éxitos: Trianon Palace y Partenón, de Madrid.

--Habla, pues, *Varney*. Aún no he resuelto nada, y pensaré las conveniencias de una u otra resolución.

--Entonces, *my lord*, demos por hecho lo que decís, y pasados los enfados, risas y lamentos. Os habéis retirado a alguno de vuestros más lejanos castillos, tan lejos de la corte que no oigais ni las quejas de vuestros amigos ni la alegría de vuestros enemigos. Supongamos que vuestro afortunado rival se satisfará, cosa dudosa, con sólo cortar las ramas del gran árbol que tanta sombra le hizo, y que no insista en arrancaros de raíz.



echó un vaso de vino y se lo bebió...

Bien; el ex-favorito de Inglaterra, que dominó su Parlamento, es ya un barón rural, cazando, bebiendo cerveza con los caballeros campesinos, y revistando sus hombres a la orden del *Sherif*.

--Calla, *Varney*,--dijo el Conde.

--No, *my lord*, permitidme que acabe mi cuadro... Sussex gobierna a Inglaterra, la Reina pierde la salud, es necesario arreglar la sucesión, un camino se abre a la ambición más alta. Y vos oís todas estas noticias sentado al amor de la lumbre de vuestro hogar. Entonces comenzais a pensar en las esperanzas a que habeis renunciado y la insignificancia a que os condenás-

teis, y todo por mirar de cerca los ojos de vuestra bella esposa más frecuentemente que cada quince días,

Basta, *Varney*. Sé testigo de que renuncio a mi deseo de retiro, no por motivos de ambición personal, sino para quedar en situación de mejor servir a mi país cuando llegue el momento. Pide los caballos, me vestiré como de costumbre, con la la capa de un lacayo; por hoy harás el papel de amo. Marcharemos antes que se levante la gente, y sólo me despediré de *my lady*. Sofocaré los sentimientos de mi corazón, aunque hiera a otro corazón aún más querido para mí. Mas el patriota debe dominar al esposo.

Y diciendo esto con melancolía, salió de la habitación.

--Me alegro de que te marches, pues si no, me hubiera reído en tu propia cara, se dijo *Varney*. Hártate cuando quieras de este nuevo capricho por esa linda muchacha: no lo estorbaré; pero de tu verdadero capricho, que es tu ambición, no debes cansarte, pues al subir tú, arrastrarás hacia arriba a *Ricardo Varney*. Y en cuanto a tí, mi linda dama, harás bien en no oponerte a mis deseos, o te las entenderás conmigo.

Entretanto, el conde había entrado en el dormitorio, para despedirse rápidamente de la condesa, pues no deseaba estar solo con ella, cuando pudiese importunarle solicitando de nuevo lo que él no estaba dispuesto a conceder, después de su conversación con *Varney*.

La halló vestida con una bata de seda blanca forrada de piel, los pies desnudos en zapatillas, y el suelto cabello escapándose bajo la cofia; sin más adorno que su propia hermosura, más bien realzada por el pesar de la próxima separación.

--Dios quede con vos, querida mía,-- sin acertar a liberarse de sus abrazos y sus besos. El sol se anuncia en el horizonte y no me atrevo a quedarme; al amanecer debo estar a diez millas de aquí.

--¿No hacéis, pues, lo que os he pedido? ¡Ah, falso caballero! ¿cuándo una dama, con los pies desnudos y en zapatillas, pidió algún favor a un bravo caballero que no se lo concediera?

--Todo lo que pidáis os concederé, *Amy*, salvo lo que pueda causar la pérdida de ambos.

--No insistiré en pediros que reconozcais nuestro matrimonio; pero permitidme que comparta el secreto con mi padre querido; dejadme que haga cesar la intranquilidad que le ocasiona mi suerte. ¡Dicen que está enfermo!

--¿*Dicen*?, preguntó el conde con viveza.-- ¿Quién lo dice?

¿No hizo saber *Varney* a Sir Hugo todo lo que hoy puede conocer para su tranquilidad? ¿No os ha dicho que el anciano caballero estaba de caza? ¿Quién ha osado haceros creer otra cosa?

—¡Oh! nadie, *my lord*, nadie, dijo la condesa algo alarmada por el tono de la pregunta. Pero quisiera convencerme por mis propios ojos de que mi padre está bueno.

—Por ahora no podéis comunicaros con vuestro padre, *Amy*, ni con los de su casa. Si no hubiera otras razones, sería suficiente, el que ese *Trevanion* o *Tressilian*, o como se llame, frecuenta su casa y sabrá por fuerza cuantas noticias lleguen allí.

—No lo creo así, *my lord*, dijo la condesa.—Mi padre fué siempre hombre de honor; y en cuanto a *Tressilian*, si podemos perdonarnos el daño que le hemos hecho, apuesto la corona que algún día compartiré con vos, a que es incapaz de devolver mal por mal.

—No me inspira confianza, sin embargo; mejor quisiera ver intervenir en nuestro secreto al mismo demonio, que a ese *Tressilian*.

—Y ¿por qué, *my lord*,—dijo la condesa, estremeciéndose al escuchar el tono resuelto en que él hablaba—. Decidme, por qué tenéis tan mal concepto de *Tressilian*?

—Señora,—replicó el conde,—mi voluntad debe ser bastante razón para vos. Si deseáis otras, considerad con quien está coligado ese hombre. Es muy estimado por Radcliffe, ese Sussex, contra cuyos ataques apenas puedo defenderme en la opinión de nuestra suspicaz reina. Y si obtuviera sobre la mi ventaja de averiguar lo que se refiere a nuestro matrimonio, antes de que yo prepare convenientemente a Isabel, perdería su favor para siempre, y ésto sería mi ruina, pues hay en ella bastante de su padre Enrique para hacer de mí una víctima sangrienta de su resentimiento.

—Pero ¿por qué *my lord*—insistió la condesa, pensais así de un hombre a quien apenas conocéis? Lo que sabeis de él lo sabeis por mí y yo misma os respondo de que es incapaz de vender nuestro secreto. Os ofendéis porque os hablo de él ¿que pensaríais si le hubiese hablado?

—Si fuera así, haríais bien en callarlo como si fuera secreto de confesión. No quiero perder a nadie, pero quien se inmiscuya en mis asuntos privados tendrá que pagarlo.

—Eso es espantoso—; dijo la condesa palideciendo.

—Estais enferma, amor mío—, dijo el conde sosteniéndola en sus brazos.—Volved a acostaros; aún es temprano para que os

levanteis. ¿Tenéis algo que pedirme que no comprometa mi fama, mi fortuna y mi vida?

---Nada, mi amado *lord*! algo quisiera haberos dicho, pero vuestro enfado me lo ha hecho olvidar.

---Reservadlo para nuestra entrevista próxima---; dijo el conde abrazándola cariñosamente.

Después de esto, se despidió al fin de ella. Al pié de la escalera, le esperaba *Varney* con una gran capa de librea y un sombrero de alas caídas, con lo cual disfracó su persona y ocultó sus facciodes.

En el patio estaban preparados los caballos para él y para *Varney*. El mismo *Foster* sujetaba la rienda del palafrén del conde, mientras el criado tenía el de *Varney*, que había de hacer el papel de amo.

Sin embargo, al acercarse el conde, *Varney* avanzó para tomar la rienda del caballo de su amo, pues deseaba evitar que *Foster* prestara aquel servicio. *Foster* frunció el ceño viendo que el otro le impedía hacer la corte al patrón; el conde montó, y olvidando su carácter fingido de criado, partió delante, agitando la mano en respuesta a la despedida de la condesa, que agitaba su pañuelo en la ventana de su habitación.

Mientras su arrogante figura desaparecía bajo el obscuro portal que daba salida al patio, *Varney* murmuró:

—¡Valiente diplomacia! ¡El amo detrás del criado!

Luego, en el momento de salir, aprovechó la ocasión para decir dos palabras a *Foster*.

—Me miras con ceño—le dijo—. como si te hubiera privado de la despedida de *my lord*; pero no sabes que le he convenido para que te deje otro galardón mejor de tus fieles servicios. Aquí lo tienes; una bolsa de oro de primera calidad. Cuéntalo, y añádele el recuerdo que anoche dejó a *Janet*.

—¡Cómo! ¿cómo es eso? ¿Dió dinero a *Janet*?

—Si, hombre, ¿por qué no? ¿no merecen premio sus servicios a su hermosa señora?

—No me gusta eso; tendré que devolverlo. Sé lo variable que él es.

—Estás loco *Foster*; no te figurarás tener la suerte de que *my lord* se haya fijado en *Janet*. ¿Quién se fijará en el tordo mientras canta el ruiseñor?

---Uno y otro son lo mismo para el cazador, y vos sabéis bien cómo atraer toda clase de pieza a la red. Por lo menos esa persona de mi familia se librará de las garras del diablo. Devolverá el dinero.

Un momento después entraba la mujer. Era joven, esbelta, de facciones agradables y conjunto altamente simpático. Iba vestida elegante y sencillamente, de terciopelo negro, con un sombrerito de última moda metido basta las cejas; se calzaba con zapato escotado de altos tacones y medias de seda transparentes.

Avanzó unos pasos, y se detuvo como sorprendida y contrariada al no ver allí a la persona a quien esperaba encontrar; lanzó una exclamación, y dando media vuelta con rapidez, se dirigió a la puerta por donde acababa de entrar.

Sait se levantó inmediatamente, y dijo:

—Señorita *Maurice*, ruego a V. que aguarde un momento, y que se siente.

Y con suavidad la condujo hasta una silla, en donde la joven se sentó, expresando exajerada alarma en su móvil y simpático rostro. *Sait* volvió a ocupar su butaca, y dirigió a *Mlle. Yvonne* estas frases.

—*Mlle. Yvonne*, ante todo debo pedirle que me perdone el subterfugio a que he acudido para conseguir esta entrevista con V.

—¡Es una infamia!, dijo la joven, y no estoy dispuesta...

—Un poco de paciencia, —interrumpió *Sait*. — Esta conversación con V. era imprescindible, y yo no poseía la dirección de su domicilio. Si yo no hubiese recurrido a este medio, algo... irregular, lo confieso, V. habría sido buscada por la policía, y este asunto se le habría hecho aun más desagradable.

—¡La policía!—exclamó *Mlle. Yvonne* asustada.—Yo no he hecho nada malo...

—Esa es también mi opinión, señorita. Sólo deseo que V. sea franca y explícita conmigo, y me diga a que fué V. anoche a la joyería del *Sr. Massard*.

—Eso es mentira, —exclamó enrojeciendo la joven—; es una calumnia.

—¿No quiere V. ser franca? Lo mejor que V. puede hacer es decir aquí toda la verdad. Nosotros prometemos a V. el mayor secreto. ¿Quiere V. decirnos...?

—Nada; no sé nada; todo eso es mentira, y no puedo permanecer aquí ni un momento más.

Y *Mlle. Yvonne* quiso levantarse, pero *Sait* fué más ágil que ella, y de un salto estuvo a su lado, y sacando del bolsillo un papel, lo puso ante los ojos de la *Sta. Petit*; esta lo miró con ojos dilatados por el terror, y su cabeza cayó hacia atrás, completamente desmayada.

—¿Qué significa todo esto?—preguntó *D. Pedro Sol*, que presenciaba asombrado la escena.

—Va V. a saberlo. .; ya vuelve en sí... ¡pobre joven!. —dijo *Sait*.

—La desmayada recobraba poco a poco sus sentidos, pero una gran palidez cubría su rostro, y cercos oscuros rodeaban sus ojos. *Sait* y *Sol* la prestaron los auxilios que exigía su estado y cuando consiguieron reanimar a la joven, *Sait* la dijo bondadosamente:

—Hable V., señorita; estamos dispuestos a escucharla con benevolencia; somos sus amigos; diga la verdad, toda la verdad, y sólo la verdad.

—La diré, —respondió *Mlle. Yronne*, y comenzó su interesantísimo relato.

Yo soy francesa, aunque mis padres vinieron a establecerse en España siendo yo muy niña, y por consiguiente me considero casi como española. Mi padre murió poco después, y mi madre se estableció en el oficio de sombrerera, que había aprendido en París. Yo la ayudé desde pequeña, y cuando también mi madre me fué arrebatada por la muerte, quedé yo sola al frente del negocio, que no ha sido muy lucrativo en los últimos años.

Hace poco tiempo, comenzó a seguirme por la calle y a rondar mi casa, un joven. Al principio no hice caso de su insistencia, pues la costumbre de andar sola por las calles desde muy niña, me ha enseñado el peligro de los amores fortuitos.

—Haga usted el favor de describirme a esa persona que la hizo el amor, —dijo *Sait*.

—Joven y de bastante buena figura; completamente afeitado y con el pelo muy rubio.

—Perfectamente, muchas gracias, —respondió con acento de satisfacción *Sait*. —Haga el favor de continuar, pues la escuchamos con el mayor interés.

Después de algunos días, mi pretendiente me escribió una carta rogándome que le recibiera en mi casa, pues deseaba hablarme de un asunto importante.

Accedí a su demanda, y le cité para el día siguiente, a la hora en que aun estaban en casa las oficiales de mi taller, pues no deseaba encontrarme a solas con un hombre de quien no tenía antecedentes, pero que, debo confesarlo, me inspiraba simpatía.

—¿No tenía firma su carta?

—Sí, señor; estaba firmada con su nombre: *Felipe Martini*. Felipe me dijo que estaba enamorado de mí y que deseaba casarse conmigo; me dijo también que estaba

empleado como único dependiente y hombre de confianza en la nueva joyería del Sr. Massard, que su sueldo le permitiría relevarme del trabajo poco lucrativo a que yo



Sta. Marice, ruego a V. que aguarde un momento.

me veía sujeta. Finalmente, me indicó que podía hablar con el Sr. Massard, quien estaba al corriente de sus intenciones matrimoniales, y que daría todas las referencias y garantías que yo pudiera desear.

Al día siguiente fui a la joyería y hablé con el dueño.

—¿Estaba sólo?—preguntó Sait.

—Sí, señor; estaba solo; me dijo que Felipe había ido a entregar una joya.

Era un hombre de aspecto respetable; estuvo amabilísimo conmigo y me confirmó todo lo dicho por Felipe, añadiendo que era tal su confianza en el dependiente, que este muchas veces quedaba sólo en la joyería durante algunos días cuando él, el dueño, tenía que hacer algún viaje de negocios.

Quedé completamente satisfecha, y acepté las relaciones que Felipe me proponía.

Al principio mi alegría era grande, pues empezaba a sentir cariño hacia Felipe, y tenía la esperanza de salir en breve de mi aburrida e insegura soledad, resolviendo de una vez para siempre el problema de una joven soltera, sin familia y con escasos medios de subsistencia.

Pero muy pronto comencé a experimentar una intranquilidad no muy fundada, aunque arraigó de tal manera en mi ánimo, que no me dejaba libre de su obsesión ni un momento. Era una desconfianza instintiva, que me ponía nerviosa y me quitaba el apetito y el sueño. Desconfiaba sin saber por qué ni de qué, y esto a pesar de que cada día sentía mayor cariño hacia Felipe.

Por mi educación, soy una mujer bastante resuelta, y como confío siempre en mis corazonadas, que me han engañado pocas veces, decidí salir de dudas y para ello empecé a vigilar a mi novio.

Cuando él salía de la joyería, después de cerrado el establecimiento, yo iba detrás procurando ocultarme. Nada sospechoso observé durante algún tiempo, pero una noche ocurrió una cosa singular, aunque tal vez no tenga más importancia que la que pudiera prestarle mi imaginación, ya sobreexcitada.

Aquella noche sabía yo que estaba Felipe solo en la joyería, pues hablé con él por la tarde y me dijo que el *Sr. Massard* había salido a hacer un corto viaje. Sin embargo, no se qué presentimiento me hizo quedarme al acecho.

Grande fué mi sorpresa al ver salir a Felipe, dejando abandonada la joyería, y al verle llevando un gabán con cuello de pieles levantado hasta taparle casi la cara, y un sombrero flexible echado hacia las cejas. Le conocí, no por el rostro, que no pude ver, sino por el aspecto y modo de andar.

Eché hacia la calle de Alcalá y siguió ésta hacia la Oibeles; yo, detrás, a alguna distancia, pues iba de prisa y me costaba trabajo no perderle de vista. Al llegar

al ángulo hel Ministerio de la Guerra, se metió por los jardines de Recoletos, acortando el paso y mirando a uno y otro lado como quien espera ver a alguna persona.

Aquello era extraño. La noche estaba fría y lluviosa,



Yo me ocultaba en la sombra de los árboles.

la tierra empapada en agua, y los escasos faroles encendidos dejaban aquellos lugares casi en la obscuridad. Apenas transitaba gente por las aceras laterales y por la central, y los escasos transeuntes iban de prisa como quien desea llegar pronto a su casa. Algún automóvil pasaba rápido y silencioso sobre el asfalto húmedo del paseo de

carruajes y sus focos se reflejaban rielando en la calzada como si el auto se deslizara sobre un río.

Yo me ocultaba en la sombra de los troncos, sintiendo que la impaciencia y la fría humedad de la noche se apoderaba de mi helando mi sangre.

Al llegar hacia la mitad de los jardines, se separó de pronto de uno de los árboles el bulto de una persona, y se aproximó rápidamente a Felipe.

Con un sobresalto en el corazón, vi que aquel bulto era una mujer; ella y él se saludaron, y después de hablar un poco, parados, echaron a andar lentamente hacia la estatua de Colón.

Ella llevaba un abrigo largo con gran cuello alto, y un sombrero de ala redonda encajado hasta los ojos; no se la veía la cara, pero era una mujer joven, de buena figura y bien vestida.

Sentí una puuzada de celos, y quedé un momento vacilante entre dirigirme a ellos increpándolos, o retirarme a mi casa y escribir a Felipe una carta diciéndole que conocía su conducta y terminando nuestras relaciones.

Sin embargo de inclinarme a esta última resolución, sentí un impulso irresistible de curiosidad, que me obligaba a ver el rostro de aquella mujer por quien Felipe faltaba a cuantos juramentos de fidelidad me había hecho. Ella se cogió a su brazo, y yo sentí aumentar mis celos.

Aproveché el instante en que se aproximaba un automóvil, cuyos faros lanzaban el foco de su luz hacia ellos, y adelantándome con rapidez, me escondí detrás de un árbol, y les miré a la cara.

Pero lo que vi en el instante en que duró el relámpago luminoso del automóvil que pasaba, me produjo una sorpresa tan grande, tan inesperada, que tuve que agarrarme al tronco para no caer.

Había visto perfectamente el rostro de aquel hombre, y ¡no era Felipe! no; a pesar de la absoluta semejanza de su aspecto, no era Felipe. Aquel hombre era de mucha más edad, y aunque de rostro juvenil, tenía barba blanca.

A aquel hombre le conocía yo; era Massard, el dueño de la joyería, el jefe de Felipe.

Quedé tan sorprendida que mis pies parecían estar pegados al barro del suelo. Como embobada los ví alejarse del brazo, conversando animadamente, hasta que se perdieron de mi vista entre la obscuridad.

Cuando al fin salí de mi aturdimiento, retrocedí, caminando lentamente hacia mi casa. No acababa de explicar-

me claramente las crudas del profundo error que acababa de experimentar.

Era indudable que Felipe quedaba completamente exento de las acusaciones que yo había lanzado mentalmente sobre él, por causa de mi equivocación, puesto que no era él, sino Massard la persona a quien yo había ido siguiendo y a quien acababa de ver, acudir a una cita amorosa.

Pero a pesar de tal evidencia, mis celos seguían punzándome y mi corazón continuaba vacilando en aceptar lo evidente. Traté de convencerme de que mis nervios eran los causantes de mi intranquilidad, y de que en cuanto me viera en mi casa y pudiera calentarme al fuego de la chimenea y dormir luego unas cuantas horas, mi razón vería las cosas de otro modo distinto.

Sin embargo, al día siguiente volví a sentir las mismas dudas infundadas, y al cabo resolví escribir una larga carta, instándole a apresurar el día de nuestra boda. Estaba segura de que mi novio, de cuyo amor me era imposible dudar, pues una mujer jamás se equivoca en este punto, aceptaría inmediatamente y con alegría mi proposición, pero no sucedió lo que yo esperaba.

Aquel mismo día fué a verme Felipe, y después de mil protestas sinceras de amor y gratitud, me confesó que tenía entre manos algunos negocios de gran importancia, que estaban próximos a resolverse satisfactoriamente y que le harían rico; que su propósito era, cuando aquello sucediera, llevarme a su país, Italia, para casarnos allí y vivir en la abundancia, en Nápoles, con la elegida de su corazón, que era yo.

Aquellas razones, al parecer, sinceras y legítimas, me hicieron desistir, sin convencerme íntimamente.

Aunque estuve varias veces tentada durante nuestra entrevista de decirle lo que me había ocurrido la noche anterior con Massard, me impuso silencio una inexplicable desconfianza, y al fin callé lo sucedido.

Como mis dudas continuaban, continué vigilando a Felipe. Hace un par de días, me dijo éste que Massard había emprendido otro viaje, y al oír esta noticia una corazonada me advirtió que iba a ocurrir algo desagradable.

Efectivamente, anteanoche, cuando a causa de lo desapacible del tiempo apenas transitaba gente por la Avenida de Peñalver, y hallándome yo escondida en el quicio de una puerta frontera a la joyería, vi llegar por la acera donde esta se halla, a una mujer.

Inmediatamente la reconocí por su aspecto y vestido;

era la misma a quien yo había visto acercarse a Massard pocas noches antes, y alejarse, de su brazo por los jardines de Recoletos.

La mujer se detuvo junto a la puerta de la casa en que está la joyería.

Debo advertir que dentro del portal de la casa, hay una puertecita lateral, de hierro, que dá paso a la escalerilla que conduce directamente al entresuelo.

Sin duda aquella mujer poseía un llavín, pues la puerta de la casa se abrió y volvió a cerrarse silenciosamente, después de haber entrado la visitante.

Senti levantarse en mi interior una porción de pasiones y deseos contradictorios. La situación era idéntica á la de noches antes, cuando seguía Massard, tomándole por Felipe.

Lo mismo que en aquella ocasión, Felipe me había dicho que su jefe había salido de viaje; por consiguiente, mi novio debía estar solo en la joyería.

¿A quién iba a ver aquella mujer? ¿Por qué razón poseía un llavín de la casa? ¿Quién era ella?

Todo aquello iba siendo cada vez más misterioso e intrincado, y yo me sentía llena de inquietud y desconfianza, considerándome envuelta en una red de mallas invisibles, pero amenazadoras.

Repasé en mi imaginación todo lo sucedido en mis relaciones con Felipe, y en ellas había cosas que al principio no despertaron mis sospechas, pero que ahora me iban pareciendo cada vez más inexplicables.

Por ejemplo; mi novio sólo dos veces había ido a mi casa. Con el pretexto de que, siendo yo una joven que vivía sola, no era conveniente dar motivo a las murmuraciones de la gente, nuestras entrevistas se habían verificado siempre mediante citas que Felipe publicaba en la sección de avisos particulares de algunos periódicos.

Tales reflexiones me entretuvieron más de una hora. Pero al fin me di cuenta del tiempo transcurrido y de que aquella mujer no salía de la casa. ¿Qué estaría ocurriendo allí dentro? ¿Acaso mi novio me enñagaba con aquella mujer, mientras yo velaba sus amores en el quicio de una puerta, helada por el frío y la humedad, y rabando de celos?

Entre todos aquellos malos pensamientos, no podía desecharla la fe absoluta que tenía en el amor, más aún, en la pasión de Felipe hacia mí.

De repente tomé una determinación. Cruzé la calle, y

AVISO



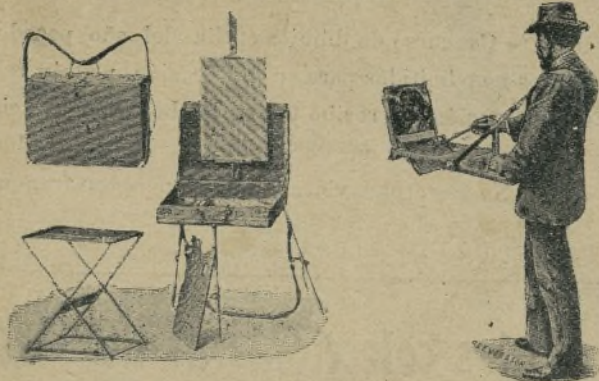
Cerrado nuestro Concurso de dibujos en fin del año pasado, los autores de dibujos no admitidos para su publicación, podrán retirarlos mediante presentación del recibo talonario. Los de provincias se servirán comisionar a persona que recoja los dibujos en la administración de «Día y Noche», o enviarnos sellos para el franqueo y certificado.

A los coleccionistas de nuestros folletines encuadernables

Con objeto de que nuestros nuevos lectores puedan completar las novelas que tenemos en publicación, publicamos en cada número de DIA Y NOCHE un cupón, el cual será canjeable por uno de los pliegos de novela publicados en números anteriores. Así, nuestros compradores podrán ir completando los folletines atrasados, sin más que ir comprando los números corrientes de DIA Y NOCHE. El canje se hará en nuestra Administración, Cardenal Cisneros, 47, o en la Calle del Carmen, 6 y 8 "Casa Viuda de Pontes".

Día y Noche

Cupón canjeable por un
pliego atrasado de novela



CASA VIUDA DE PONTES

Tiene surtido completo en cajas de
OLEO Y ACUARELA
LIENZOS BELGAS

Esta Casa es siempre la más surtida
y tiene IMPRENTA PROPIA

CARMEN, 6 y 8 (cerca de la Puerta del Sol)

IMPRENTA HISPÁNICA

*Cartas, Sobres, Facturas, Memorandums, Circulares,
B. L. M., Tarjetas, Recibos, Calonarios,
Etiquetas, etc.*

Catálogos, Folletos, Libros y Revistas.

Cardenal Cisneros, 47

Tel. J. 9-23

MADRID